

# LA VUELTA DE GODOY

Por Luis Alfonso Limpo Píriz

Godoy no fue ni el villano del cuento ni la bestia negra que tantos se han complacido en pintar y repintar. Los restos del político en su Badajoz natal nos dignifican a todos

como extremeños, refuerzan nuestra identidad. Descanse en paz como símbolo de concordia y superación de ese cainismo que ha lastrado durante dos siglos la vida política

## Luces y sombras (y II)

**E**STE verano me comentaba un buen amigo catalán, entusiasta él de Espronceda, su extrañeza porque el Ayuntamiento de Almendralejo, -'Ciudad del Romanticismo', dicen...- no hubiera anunciado todavía el programa conmemorativo del bicentenario de su hijo más ilustre, nacido allí por casualidad. «En Granollers -me dijo-, también por casualidad, nació Charlie River. Le tienen dedicado un Museo que es, aparte de reclamo turístico, seña de identidad de todo el pueblo».

Sentado plácidamente ante un café en la puerta del Ayuntamiento de Olivenza le dije a mi amigo catalán: «Más sangrante aún es el caso de Godoy. Este pueblo le debe ser español y... ¡ni siquiera una humilde calleja lleva su nombre! En Badajoz, su lugar de nacimiento, una modesta inscripción recuerda la casa donde nació. Y poco más...»

En esa misma casa, ¡oh casualidad!, nació también años después uno de los príncipes de la bibliofilia extremeña. Lejos de sentirse orgulloso por la coincidencia, Vicente Barrantes (1875) escribió cosas como ésta: «En los tiempos de Godoy está la raíz de cierta mala opinión en que a los hijos de Extremadura se tiene. Vanidoso e ignorante, nada hizo por noble manera. Ningún recuerdo consagró a Extremadura: ni un solo puente, ni un solo camino... La Historia de España le condena. ¿Deberá absolverle la de su provincia?».

Pasaron ya los tiempos en que la Historia se conceptuaba como Tribunal Supremo para dictar absoluciones y condenas. Pero subsiste desde luego en los extremeños ese sentimiento de vergüenza hacia Godoy, fruto de un

inconsciente complejo de culpa: haberle arrebatado Olivenza al vecino. Como «injustificada campaña que llevó la agresión a un pueblo hermano» calificó Nicolás Díaz y Pérez (1884) la Guerra de 1801, según él una farsa en la cual participamos para defender los intereses de Napoleón.

Godoy nos avergüenza. Nos avergüenza por ignorancia e incuria investigadora, por el catetismo de reverenciar lo que han publicado fuera sus muchos detractores, sin documentarnos primero y después pensar por nuestra propia cabeza. Y porque nos falta, a los extremeños, lo que a otros sobra: amor propio, orgullo, autoestima. La figura de Godoy es una cifra, un símbolo del complejo de inferioridad que sociológica y psicológicamente ha atezado a los extremeños y que, por inercia histórica, en ciertos aspectos todavía sufrimos.

¡Lo que no habría hecho Granollers de haber sido cuna del fundador del Instituto Pestalozziano, de la Escuela de Veterinaria, la de Sordomudos y la de Artes y Oficios, del Observatorio Astronómico, del Cuerpo de Ingenieros Cosmógrafos, del Museo Hidrográfico, cuna del hombre que promovió la primera campaña de vacunación a nivel mundial, encargó a Goya sus célebres majas y luchó contra la Inquisición, impulsando las luces que traían el pan!

De haber nacido Godoy en Granollers, seguro que su casa natal o su palacio serían hoy un Museo y la ciudad habría consagrado a su memoria Centro de Estudios, plaza y estatua. Incluso algún avisado vecino se habría lanzado a fabricar estatuas de Godoy para venderlas a precio asequible a las puertas del Museo. Badajoz y Olivenza, en cambio, lo han mantenido oculto en el desván.

**La repatriación de sus restos es un acto de reconciliación que pone fin a un divorcio de siglos entre la ciudad y el personaje**

**Fue un estadista ufano de haber añadido a la Real Corona la perla de Olivenza en una guerra con apenas bajas**

**En toda Europa sólo él fue capaz de engañar a Napoleón sobornando a su hermano en Badajoz**

**Para muchos sigue siendo el playboy palurdo que hizo cornudo al calzonazos de Carlos IV**

HOY

LUNES  
7 DE ENERO DE 2008

## Detractores y defensores

Durante demasiado tiempo, los extremeños nos hemos tragado la leyenda negra de Godoy, esa contrafigura forjada en la época de Fernando VII por A. Muriel y el Conde de Toreno. A principios del pasado siglo la reeditaron los marqueses de Lema, Villaurrutia y Dos Fuentes, en los años cincuenta el alemán Hans R. Madol, en nuestros días Carlos Rojas... Lo escabroso siempre vende.

Pero junto a la legión de detractores, es muy significativo que en todo momento Godoy haya tenido también sus defensores: José María Blanco White o Larra, aún en vida. Después dos militares, Gómez Arceche (1892) y Pardo González (1911). En 1900 fue su abogado Pérez de Guzmán y en 1935 el mexicano Carlos Pereyra, quien editó parte de su correspondencia privada con los Reyes, dando así un rotundo mentís a la fábula de sus amoríos.

El libro de R. Herr sobre la ilustración española (1964) y la edición, al año siguiente, de las Memorias del Príncipe de la Paz, con estudio introductorio de Carlos Seco Serrano, marcan el inicio de una rehabilitación irreversible que tuvo su tímido reflejo en Badajoz. Aprovechando el bicentenario de su nacimiento, un reducido grupo de intelectuales, reunidos en torno a este periódico y a la Revista de Estudios Extremeños tuvo el valor de iniciar en 1967 la reivindicación del paisano. Rodríguez Moñino, E. Segura, T. Rabanal Brito, Fernando Pérez Marqués, J. Cienfuegos, Lino Duarte, Muñoz de San Pedro y Arcadio Guerra fueron pioneros en sacudirse el complejo Godoy. Pero su gesto no tuvo ninguna traducción a nivel institucional en la Extremadura y en la España del otro Generalísimo.

El segundo gran hito en la rehabilitación de Godoy se dio ya en la Extremadura autonómica del 2001, aprovechando el 150 aniversario de su muerte y el bicentenario del Tratado de Badajoz. Precedido por las Jornadas de Castuera sobre Manuel Godoy y la Ilustración, en el primer año del nuevo siglo se celebró el congreso Manuel Godoy y su tiempo. Lo promovió el entonces consejero de Cultura Francisco Muñoz Ramírez, hoy jefe de la oposición en el ayuntamiento. A dicho congreso arrimaron el hombro la Universidad de Extremadura, la Diputación de Badajoz, los Ayuntamientos de Castuera, Olivenza y, en menor grado, el de Badajoz. El esfuerzo de revisión investigadora sobre la figura y la obra de

Godoy se vio plasmado en 2002 con la edición de dos tomos de actas a cargo del malogrado Fernando T. Pérez y Miguel Ángel Melón. Al año siguiente, el alma mater de aquel congreso, el profesor de la Universidad de Alicante Emilio La Parra, publicaba su Manuel Godoy: la aventura del poder. Una biografía calificada por Seco Serrano como «definitiva», escrita en la misma línea rehabilitadora que la del profesor de la Universidad de Valladolid Teófanos Egido sobre Carlos IV. Más libros: el de Alberto González Rodríguez en 2006, Badajoz y Godoy, editado por el Ayuntamiento; y el del francés André Fugier La Guerra de las Naranjas (1931), capítulo primero de su Napoléon et L'Espagne traducido por nosotros con el subtítulo Luciano Bonaparte en Badajoz. Lo editó la Diputación y se presentó en la Feria del Libro de este año. No se puede decir que los historiadores no hayan cumplido su función con creces. Sobre esa base firme, ahora les toca el turno a los políticos.

Disponemos hoy día de un conjunto muy sólido y amplio de investigaciones que han conseguido fijar una imagen totalmente renovada del extremeño, despojada de mitos y tópicos, limpia y más objetiva. Pero esa nueva imagen la comparten de momento sólo un reducido grupo de historiadores, está constreñida al estrecho círculo de los especialistas. La nueva imagen de Godoy forjada en los últimos años no ha calado lo suficiente en la historiografía en general. Menos aún en el común de las gentes, para quienes Godoy sigue siendo todavía el playboy palurdo y sin escrúpulos que hizo cornudo al calzonazos de Carlos IV. Para comprobarlo basta consultar lo que sobre él se escribe en las revistas, en la Gran Enciclopedia de España (1990) o en la Encarta de Micronet. Una encuesta a pie de calle sobre el personaje entre los ciudadanos de Badajoz arrojó en abril de este año respuestas dignas de figurar en la Antología del Disparate. En este punto nos encontramos cuando, voilá, el Ayuntamiento de Badajoz anuncia que ha decidido traerse de París los huesos de Godoy y alzarle en la Plaza de Minayo el monumento que le era debido, a inaugurar el 6 de junio de 2008.

¿Qué sentido podemos atribuir a ese homenaje póstumo?

## Afirmación regional

Habrà quien censure el retorno de Godoy como una rancia romería de tufo patriotero, digna de ser glosada por la divertida Nieves Compostrina en su programa de Radio Cinco Polvo eres. Otros acusarán al Ayuntamiento de montar un circo mediático para lucirse a costa de unos huesos. ¡Mejor no meneallo! –dirán–. Mejor dejar en paz al hombre y, si acaso, seguir investigando al político y su obra.

Otros dirán que el homenaje llega tarde, que repatriación y monumento deberían haber sido colofón y lustre del bicentenario del Tratado de Badajoz y de la Guerra de las Naranjas, no pistoletazo de salida para las conmemoraciones del Dos de Mayo y de la Guerra de la Independencia. ¡Si Godoy había salido de escena dos meses antes! No faltará quien tache de precipitado el acto, señalando que al esfuerzo investigador realizado en los últimos 20 años no ha acompañado igual esfuerzo divulgador. Con lo cual el Ayuntamiento de Badajoz estaría poniendo, como quien dice, el carro delante de los bueyes...

A pesar de la parte de razón que puedan tener quienes así objetan, traer los restos de Godoy a su ciudad natal es en principio algo de pura justicia con lo que se da cumplimiento a una última voluntad. «Tengo deseos de volver algún día a mi ciudad» –le confiesa mon-

sieur Manuel en París a Verdejo, periodista del Diario de Badajoz-. Pero más allá de un acto de irreprochable humanitarismo, nosotros lo vemos sobre todo como un gesto de gran trascendencia y significación política en el momento actual. Un gesto mediante el cual Extremadura –y muy particularmente la ciudad de Badajoz– se afirma a sí misma en su hijo de mayor proyección universal. Godoy en Badajoz es un decir: aquí estamos, no nos avergonzamos de lo que fuimos y somos. Godoy en Badajoz es poner fin a un atávico complejo de culpa e inferioridad y proclamar nuestro orgullo por una tierra que, a pesar de carencias seculares, fue no obstante capaz de dar a España un estadista de su talla. Un estadista ufano de haber añadido a la Real Corona la perla de Olivenza con una guerra sin apenas bajas, mientras el heroico Napoleón, que convirtió a Europa en un baño de sangre desde Cádiz a Moscú, dejó a Francia más pequeña que antes de la Revolución. Una guerra que liberó a Portugal de la pesada carga que suponía mantener un enclave imposible al otro lado del Guadiana y le hizo más grande en Brasil.



por Goya en 1801, actualmente en el Museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. / HOY

Supongo que alguien habrá escrito algún libro sobre Charlie River. Sobre Godoy se han escrito más de un centenar. Con todos mis respetos al gremio de payasos: la figura del mal llamado Favorito goza de mayor proyección universal que la del hijo ilustre de Granollers. No renegemos, por favor, de los nuestros. No porque sean nuestros, sino porque no hay ninguna razón para ello. Más bien lo contrario.

La repatriación de los restos de Godoy no es un acto macabro de trasnochada necrofilia, sino de reconciliación, que pone fin a un divorcio de dos siglos entre la ciudad y el personaje. Digo más. A poco que nuestros políticos lo exploten desde el punto de vista informativo y publicitario, puede ser también un excelente motivo para proyectar hacia el resto de España y del mundo la imagen de una nueva Extremadura orgullosa de sí misma, de su historia y de sus hombres.

En toda Europa sólo Godoy fue capaz de engañar a Napoleón. Lo consiguió sobornando a su hermano en Badajoz. No fue un santo. El motín de Aranjuez no le permitió ser héroe. Pero desde luego no fue ni el villano del cuento ni la bestia negra que tantos se han complacido en pintar y repintar.

Los restos de Godoy en su Badajoz natal nos dignifican a todos como extremeños, refuerzan nuestra identidad. Al igual que los individuos con una autoestima baja no pueden llegar nunca muy lejos en la vida, tampoco pueden llegar muy lejos los pueblos que relegan al olvido y niegan a los suyos. Descanse en paz, finalmente, Manuel Godoy en Badajoz. Que su figura pase a ser un símbolo de la Extremadura del pasado y del presente, y su memoria motivo de unión entre todos los extremeños, por encima de siglas y coyunturales rivalidades políticas de corto alcance.

## Mantener viva su memoria, el mejor homenaje

El mejor homenaje que se le puede tributar a Godoy es mantener viva su memoria, seguir estudiando su figura y su labor. Quedan todavía muchas áreas vírgenes que ofrecen campo ancho a futuras investigaciones: la proyección americana de la Guerra de 1801, inédita en nuestra historiografía; una nueva edición anotada de sus Memorias; la publicación completa de su correspondencia con los Reyes; el estudio comparativo de su ADN con el de las infantas María Luisa y Francisco de Paula, excluidos de la línea sucesoria por las Cortes de Cádiz; el papel

que le cupo en la redención de la Provincia de Extremadura por su lucha contra la Mesta; las repercusiones internacionales que tuvo la retención de Olivenza en 1815, al término del Congreso de Viena, etc, etc...

Más no basta con estudiar indefinidamente. De vez en cuando, y ésa es ya obligación de los políticos, hay que levantar la cabeza de los libros y sacar pecho. Hay que saber abrirse hueco en la apretada agenda de una actualidad siempre cargada de noticias. La investigación no excluye a la difusión. Además de promover la creación de un Cen-

tro de Estudios sobre Manuel Godoy y su época, habría que aprovechar el caudal de conocimiento acumulado en los últimos años por los especialistas para acercar a la ciudadanía su figura y méritos. Bien está lo del monumento. Pero no es suficiente. Alguien -se me ocurre- podría trasladar al cómic la biografía de Godoy. Alguien podría llevar a las tablas su vida, como otros con absurda saña escenifican su caída en Aranjuez. Alguien, incluso, podría adaptar a la pantalla 'El abanico de nácar', las sugestivas memorias apócrifas de Pepita Tudó noveladas por Francisco Márquez o, por qué no, la Guerra de las Naranjas. Les aseguro que la realidad supera a la ficción....

A lo mejor hasta podíamos acabar con ese odioso premio al

peor cine español que, por oposición a los Goya, lleva el nombre del extremeño. Premio ridículo -¡hasta donde puede llegar la ignorancia...!- que consiste en un ramo de naranjas.

Todos debemos felicitarnos por el hecho de que el Ayuntamiento de Badajoz, aunque a destiempo, haya decidido dar el paso de dignificar al extremeño más relevante y universal de nuestra Historia Moderna. En ese paso, y sin renunciar a adhesiones de más alto nivel, debe acompañarle la Asamblea de Extremadura, la Diputación, los ayuntamientos de Castuera y Olivenza, la Universidad, la Real Academia, la Unión de Bibliófilos, las autoridades militares y religiosas... A estas alturas los huesos del pobre Godoy, despojado de todos sus bienes sin que

ni siquiera se le instruyera proceso, constituyen también un doloroso símbolo del exilio provocado por esa larga guerra civil entre españoles que se inició en 1808 y culminó trágicamente en 1936.

Descanse finalmente Manuel Godoy en Badajoz, cerrando así el círculo de cuna y sepultura. Descanse en paz como símbolo de concordia y superación de ese cainismo que ha lastrado durante dos siglos la vida política española y amenaza de nuevo con dividirnos, con helarnos el corazón, para decirlo con el exiliado de Coilliure. «Es tarde» -escribía Godoy a Martínez de la Rosa el 25 de mayo de 1834, a propósito de la edición de sus Memorias-. Y a renglón seguido sentenciaba, consolándose: «Pero razón y verdad nunca envejecen...».